

**GENOCIDIOS Y CRÍMENES
CONTRA LA HUMANIDAD**

Kurdistán. Entre la limpieza étnica y el genocidio

MANUEL MARTORELL

EL GENOCIDIO EN EL IMAGINARIO COLECTIVO

EL sentimiento de ser víctima y de estar amenazado por otros pueblos, por otras culturas, y el consiguiente temor a su extinción es algo consustancial al pueblo kurdo. Este sentimiento ha quedado reflejado en su producción literaria, en las epopeyas y baladas épicas, pero también está relacionado con la forma en que se asentó físicamente en el territorio que conocemos con el nombre de Kurdistán hace más de 4.000 años y como consecuencia de las grandes migraciones indoeuropeas. Los antecesores del pueblo kurdo se establecieron en la escarpada región de los montes Zagros, verdadera columna vertebral orográfica de Oriente Próximo y estas montañas se convirtieron en su mejor defensa frente a los pueblos, más poderosos, que ocupaban las llanuras, las regiones más fértiles y las rutas comerciales.

Las crónicas asirias, urartianas, aqueménidas y griegas se refieren de forma expresa a las dificultades que entrañaba emprender expediciones para controlar a estos pueblos montañoses, encaramados en las cumbres. Jenofonte describió con todo lujo de detalles en su *Anábasis* el verdadero «calvario» que sufrió la expedición de los «Diez mil» en su regreso a Grecia atravesando ese sistema montañoso, la tierra de los «kardukos», buscando un atajo para llegar al mar Negro. Armados de potentes arcos «escitas», los «kardukos» acosaban, desde las colinas que ocupaban y desalojaban a medida que avanzaba el ejército heleno, constantemente a sus hoplitas utilizando tácticas propias de la guerra de guerrillas.

Esta necesidad defensiva es la base de que históricamente la sociedad kurda haya hecho de las montañas su espacio natural y también de que sea uno de los principales «mensajes» de la leyenda de Kawa, el héroe mitológico al que se considera fundador del pueblo kurdo. La gesta de Kawa se celebra todos los años en el Newruz —el Día Nuevo— (de las palabras indoeuropeas New = Nuevo y Ruz o Roz = Día). De acuerdo con esta leyenda, que se celebra todos los años desde tiempos inmemoriales al comenzar la primavera, el pueblo

kurdo y otros pueblos de la región vivían sojuzgados por Zohak, un tirano al que, debido a una extraña enfermedad, le habían salido una serpiente en cada hombro. Los médicos, que no supieron curarle este mal, le recomendaron que diera de comer a las serpientes los sesos de dos jóvenes cada día. Los guardianes de Zohak iban cada día a una casa y mataban a dos jóvenes para alimentar a las serpientes de Zohak, quien, de esta forma, logró vivir mil años. Los guardianes, compadeciéndose de las familias, entregaban algunas veces sesos de carnero en vez de matar a los jóvenes, que huían a las montañas. Kawa, que ya había perdido así a varios hijos, se reveló contra Zohak cuando fueron a buscar a los dos que le quedaban, poniéndose al frente de todos los jóvenes que ya habían formado un verdadero ejército en los montes.

La celebración del Newruz tiene una gran importancia; probablemente sea, junto al idioma, la seña de identidad más importante del pueblo kurdo. Desde la Anatolia, en el centro de Turquía, hasta las proximidades de Persépolis, al sur de Irán, desde Armenia hasta Alepo, en la región mediterránea de Siria, la celebración de la gesta de Kawa representa la mayor y más significativa de las fiestas populares. Cada 21 de marzo, en cualquier aldea, en cualquier ciudad, incluso en las urbes donde hay emigrantes kurdos, miles de personas se juntan para bailar en torno a las hogueras, al fuego «liberador». La importancia del Newruz estriba en que el mito de Kawa está directamente relacionado con un acontecimiento histórico: la destrucción del Imperio Asirio el año 612 antes de Cristo por una alianza liderada por los medos, que ponía así fin a un poder basado en tácticas depredadoras que hoy serían calificadas con el término de genocidio, como eran la deportación en masa de los pueblos ocupados o su aniquilación sistemática si presentaban resistencia¹. Las excavaciones realizadas por la Universidad de Pensylvania en el Kurdistán iraní —yacimientos de Hasenlu— revelan que en el siglo IX antes de Cristo la necesidad de liberarse de esta amenaza ya tenía un valor sagrado, religioso entre los «mana», una de las etnias locales que entroncarían después con el proyecto político de los medos².

¹ Sobre la relación entre los pueblos que habitaban los montes Zagros y los «imperios» mesopotámicos se puede ver el artículo de Wolfram von Soden, «El Próximo Oriente en la Antigüedad» —en la obra colectiva *Las culturas superiores de Asia Central y Oriental*, Madrid, Espasa Calpe, 1987— y el libro de Charles L. Redman, especialmente el capítulo «El nacimiento de la política y de la sociedad estatal. El rey de las Cuatro Regiones», *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*, Barcelona, Crítica, 1990.

² Irene J. Winter, en su artículo «The “Hasenlu Gold Bowl”: Thirty Years Later», *Expedition*, vol. 31, 1989, Universidad de Pensylvania, relaciona las inscripciones del «Cuenco de Oro» de Hasenlu (Kurdistán iraní) con el mito urartiano Kumarbi-Tesub, que mantiene muchas semejanzas con el de Kawa-Dahok. El «Cuenco de Oro» tenía un valor sagrado, bíblico, para los Mana, uno de los pueblos que en unión con las migraciones indoeuropeas formarían después el conglomerado del Imperio Medo.

El mito de Kawa es precisamente el comienzo de la primera historia general del pueblo kurdo —*Cheref Nameh* o *Crónicas de Cheref*—, escrita por el emir Cheref Jam, «príncipe» de Bitlis, a finales del siglo XVI, y este sentimiento de vivir bajo la permanente amenaza de los pueblos «enemigos» que rodean el Kurdistan es igualmente el tema central de las epopeyas kurdas más conocidas —*Mem-u-Zin* y *Dim-Dim*—, que recogen acontecimientos ocurridos entre los siglos XVI y XVII. La obra *Mem-u-Zin* está considerada como la «epopeya nacional» de los kurdos y fue escrita por el poeta y filólogo Ahmed Xani a finales del siglo XVII. Este largo poema, que tiene evidentes influencias platónicas, recoge, a su vez, leyendas transmitidas generación a generación en la región de Botán, la zona montañosa que hoy forma la frontera de Turquía e Irak.

Aquí, concretamente en la ciudad de Cizre, trabajaba Ahmed Xani a las órdenes del gobernador local. Ahmed Xani aprovecha el amor imposible de los dos protagonistas —el joven Mem y la hermosa Zin—, que pertenecían a dos clanes socialmente incompatibles, para hacer el primer llamamiento a la unidad nacional del pueblo kurdo. Xani dice literalmente que mientras los kurdos no abandonen sus divisiones y enfrentamientos entre tribus y clanes no lograrán convertirse en un pueblo poderoso y permanecerán siempre a expensas de los grandes imperios que les amenazan por los cuatro puntos cardinales: los árabes, los turcos del Rum (otomanos) y los persas³.

Por su parte, *Dim-Dim*, que es el nombre de un castillo cuyas ruinas todavía se conservan, aunque es una obra muy posterior, relata un hecho histórico ocurrido en el siglo XVII, bajo la Persia del shah Abbas Safavida. Dim Dim era la principal plaza fuerte de un floreciente principado de Bradost, gobernado, al sur del lago Urmie, por el príncipe Jan. Como sigue siendo habitual en nuestros días, turcos otomanos y persas iraníes unieron sus fuerzas para acabar con el peligroso poder que estaba adquiriendo este principado como emporio económico formado por la confluencia en esta región de importantes rutas comerciales. La ofensiva conjunta contra Dim Dim el año 1608 supuso su total destrucción y la muerte de todos sus habitantes, la mayor parte de ellos durante la resistencia numantina de la ciudad y el resto, como en Numancia, quitándose la vida antes de caer en manos de los asaltantes⁴.

³ Un estudio específico sobre el significado político de *Mem-u-Zin* fue realizado por Fehad Shakely y publicado en forma de libro por el Instituto Kurdo de Bruselas: Fehad Shakely, *Kurdish nationalism in Mam û Zîn of Ahmadî Khanî*, Bruselas, Kurdish Institute of Brussels, 1992.

⁴ Hay una edición en italiano sobre la epopeya de Dim Dim: Ereb Shamilov, *Il castello de Dimdim. Epopea curda*, Repubblica di San Marino, Aiep Editore, 1999.

La conciencia colectiva de una amenaza permanente exterior ha sido determinante también en la configuración del tipo de asentamiento urbano más característico del pueblo kurdo: la aldea colgada de las laderas de los montes formando una sucesión de terrazas. El pueblo kurdo ha aprovechado este peculiar espacio geográfico para sobrevivir, para mantener vivas sus estructuras sociales y sus tradiciones, pero precisamente eso ha supuesto su gran debilidad histórica: el aislamiento físico le ha impedido sumarse a los cambios políticos en la región que consolidaban, por el contrario, a los Estados «enemigos»; en la actualidad el principal problema del pueblo kurdo es que su territorio está «rodeado» y controlado por sistemas políticos que consideran al factor kurdo un obstáculo para sus proyectos políticos: el nacionalismo árabe en Siria e Irak, el kemalismo en Turquía o el arianismo en la Persia del sha Reza Phalevi o el integrismo chií bajo la República Islámica fundada por el ayatolá Jomeini.

El que las últimas prácticas genocidas —Irak— o de limpieza étnica —Siria y Turquía— hayan consistido, precisamente, en la destrucción y desalojo de miles de pueblos ubicados en las regiones montañosas evidencia la importancia que tiene, para estos modelos nacionales, la desarticulación de esta simbiosis telúrica, sin la que seguramente el pueblo kurdo no habría llegado hasta nuestros días. Es en este sentido más que significativa la sentencia que a modo de consigna repiten los militantes kurdos: «Nuestros únicos amigos son las montañas».

EL MAYOR PUEBLO SIN ESTADO

El espacio geográfico del pueblo kurdo se extiende, a través de las cordilleras Taurus y Anti Taurus, por el sureste de Turquía y norte de Siria para, después, descender por la cadena Zagros y sus estribaciones hacia el Golfo Pérsico ocupando la mitad de la frontera entre Irán e Irak. Se trata de un territorio físicamente homogéneo, aproximadamente del tamaño de la Península Ibérica —unos 500.000 kilómetros cuadrados—, que con forma de «boomerang» rodea por el norte y el este la histórica región de Mesopotamia, donde viven más de 30 millones de personas. Estas cifras son las que han permitido calificar a los kurdos como «el mayor pueblo sin estado del mundo».

Prácticamente la mitad de este territorio quedó dentro de la República de Turquía cuando, como consecuencia de la I Guerra Mundial y de la desintegración del Imperio Otomano, se formó el actual mapa político de Oriente Próximo. En Turquía, las veinte provincias kurdas ocupan, a su vez, la tercera parte del país junto a las fronteras de Siria, Irak, Irán y Armenia, calculándose que en esos dis-

tritos administrativos⁵ viven cerca de 20 millones de personas —casi la cuarta parte de Turquía—. En Irán, los últimos censos indican que en los 125.000 kilómetros cuadrados —7 por 100 del territorio iraní— de las tres provincias kurdas —Urmie, Sanandaj y Kermanshah— más los enclaves en Ilam, Luristán, Hamadán y Jorasán, viven unos 10 millones de personas; mientras que en Irak los kurdos suponen el 16 por ciento del territorio nacional y al menos el 18 por ciento de su población —cuatro millones de habitantes frente a 22 millones—, ocupando las provincias de Sinyar, Dahok, Arbil, Kirkuk, Suleimania y Kanaquín. En Siria esta proporción, tanto demográfica como geográficamente hablando, se sitúa, aproximadamente, en el 10 por ciento del total, correspondiendo, sobre todo, a las zonas de Kurd Dag, Ain al Arab y la Yazira.

El hecho de que nos veamos obligados a hacer referencias aproximadas cuando se habla de cifras perfectamente cuantificables —territorio y población— responde al intento de los respectivos gobiernos de infravalorar, ocultar e incluso negar esta realidad demográfica. Así ocurre que en Irak solamente se reconocen como provincias kurdas las de Dahok, Arbil y Suleimania, en Irán oficialmente solo existe un distrito kurdo, que recibe el nombre de Kordestan —con capital en Sanandaj—, en Siria no hay provincias kurdas calificadas como tales y en Turquía hasta el comienzo de la década de los años 90 sencillamente se seguía negando la existencia, no de provincias kurdas o de una región denominada Kurdistán, sino de que hubiera kurdos en su territorio. Así lo declaró repetidamente a finales de los años 80 el presidente Kenan Evren, el general que dirigió el golpe de estado de septiembre de 1980⁶.

Menos consideraciones tienen los mecanismos para encauzar la participación política de esta población en cada uno de esos países. Únicamente en Irak se ha reconocido, aunque sea formalmente, la autonomía política a las provincias consideradas oficialmente kurdas. Precisamente las discusiones sobre las competencias y ámbito territorial de la Autonomía proclamada en 1974 provocó la ruptura con los partidos kurdos y, más tarde, el genocidio de los

⁵ Las provincias que generalmente se consideran mayoritariamente kurdas son las de Adiyaman, Agri, Bingol, Bitlis, Diyarbakir, Elazig, Erzincan, Erzurum, Antep, Hakkari, Kars, Malatya, Maras, Mardin, Mus, Siirt, Sivas, Tunceli, Urfa y Van. A ellas hay que añadir las de Bayburt, Batman y Sirnak, aunque estas tres, de reciente creación —entre 1985 y 1990—, han sido desgajadas de las anteriores para conseguir un mejor control administrativo y militar.

⁶ Las declaraciones del general Kenan Evren fueron realizadas en respuesta a una declaración del Parlamento Europeo aprobada en junio de 1987 con 68 votos contra 60 y 42 abstenciones en la que se reconocía la existencia del genocidio armenio y se acusaba al gobierno turco de «negar la existencia del hecho kurdo».

años 80. En Irán, desde que fuera aplastada la denominada República de Mahabad en 1947, los kurdos no han podido contar con partidos legales, algo prohibido por la Constitución turca y que, aunque legalmente fuera posible, resulta impracticable en Siria.

Salvo en Irak, al menos de forma oficial, tampoco se han realizado estudios ni censos para conocer esta realidad diferencial, que, por otra parte, sufre continuos cambios debido a los desplazamientos humanos provocados por cuatro décadas de constantes conflictos bélicos en la región: insurrecciones kurdas en Irak entre 1961 y 1975, insurrección kurda en Irán al ser proclamada la República Islámica en 1979, guerra entre Irán e Irak en la década de los 80, guerra de guerrillas del Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK) en Turquía a partir de 1984, Guerra del Golfo de 1991, embargo económico internacional a Irak y la nueva crisis entre Estados Unidos e Irak a partir de los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono el 11 de septiembre del 2001.

Otra de las características comunes a todos los Estados que dividen el Kurdistan —Turquía, Irán, Irak y Siria— está igualmente relacionada con los cambios demográficos. Se trata del endémico estado de abandono en que los gobiernos han mantenido a estas regiones pese a la potencialidad económica de sus acuíferos y reservas de petróleo. El hecho de que la explotación de estos recursos naturales sea vital para el desarrollo del resto del país, ha llevado a los dirigentes kurdos a teorizar sobre el carácter colonial del problema kurdo y a las administraciones a realizar estudios sobre las consecuencias políticas de este endémico subdesarrollo.

Así un informe del diario turco *Hurriyet* publicado el 26 de junio de 1987 bajo el título «Los ocho errores imperdonables en el Este⁷» explicaba que en estas provincias no había carreteras asfaltadas suficientes, que en las zonas rurales tenían un médico por cada 30.000 habitantes, más de 300.000 niños sin escolarizar, que se identificaba a la policía con una represión brutal, que un millón de personas no podía ver la televisión ni escuchar la radio, unos índices de paro desorbitantes, funcionarios ineficientes destinados a estas provincias como «castigo» y, en definitiva, un Estado que era incapaz de sustituir al tradicional clientelismo local —caciquismo tribal—. Sin embargo, de estas mismas regiones Turquía saca prácticamente todo el petróleo que produce —Batman—, buena parte de su energía hidroeléctrica y explota las importantes minas cupríferas de Ergani.

Por su parte, el estudio realizado por el dirigente kurdo iraní Abdul Rahman Ghasemlu, doctor por la Universidad de la Sorbona,

⁷ La palabra «Kurdistán» o «provincias kurdas» todavía estaban prohibidas al comenzar el siglo XXI.

en 1977⁸ revelaba igualmente que en las provincias kurdas de Irán solamente estaba ubicada una de las grandes industrias del país, una vía férrea —con funciones estratégicas— y una carretera importante asfaltada. Además el 80 por ciento de las viviendas eran casas bajas —generalmente de piedra o adobe—, el índice de analfabetismo funcional era del 70 por ciento, había un médico por cada 5.000 habitantes, enfermedades endémicas —malaria, tuberculosis.— y el 65 por ciento de producción agrícola, suponiendo la industria moderna solamente el 5 por ciento de la población activa. Este estudio estimaba, en definitiva, que si en 1975 la renta per cápita de todo Irán era de 1.340 dólares, al Kurdistán la correspondía una media de 150 dólares. La única industria importante, significativamente, era la petrolífera de Kermanshah y el gas extraído en Qash-e-Shirim, junto a la frontera del Kurdistán iraquí.

Algo parecido se podría decir de Irak, donde apenas existe industria pesada aparte de la petrolífera y esta fue excluida expresamente del territorio autonómico. Dejando a un lado algunas industrias químicas o relacionadas con la producción horto-frutícola —conservas— y de tabaco, la economía del Kurdistán iraquí ha estado basada siempre en el sector agrícola, del que hay que destacar la producción cerealística de Sinyar, región limítrofe con Siria. De la Yazira, también considerada el «granero» de Siria, sale prácticamente todo el petróleo de este país árabe. Un informe sobre «El problema kurdo en Irak», elaborado por la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK) dice que esta situación «es el resultado de oprimir a la población, practicar una política colonialista, saquear sus fuentes de riqueza, dificultar su desarrollo económico, social, político y cultura, y privar a las masas populares de sus derechos nacionales y de las libertades democráticas». Este informe recogía, a su vez, otro elaborado por el profesor Aziz Sharif, quien se refería al problema kurdo como consecuencia de «la política colonial reaccionaria que ha cortado al pueblo kurdo sus raíces, condenándole a vivir al mismo nivel que los animales»⁹.

Además de un sentimiento generalizado de frustración por parte de la población autóctona y de ser tratados como «rudos e ignorantes montañeses» en el resto del país, la combinación de este abandono económico, el mantenimiento de estructuras agrarias tradicionales, la represión política y los conflictos armados han provocado un movimiento migratorio hacia las grandes metrópolis de

⁸ Abdul Rahman Ghasemlu, *Le Kurdistan iranién*, París, SEDAG, 1977, págs. 12-16.

⁹ Aziz Sharif fue ministro de Justicia del gobierno del Baas y vicepresidente del Consejo Mundial de la Paz; escribió en 1987 un folleto sobre la situación de las regiones kurdas.

estos países que, en las regiones kurdas, ha quedado amortiguado —demográficamente hablando— por el alto índice de natalidad. Se da la circunstancia, además, de que la procreación es asumida por muchas familias —al igual que ocurre entre los palestinos— como una forma de resistencia, de impedir la desaparición del pueblo¹⁰.

Otra de las consecuencias trascendentales que esta combinación de hechos económicos, políticos y bélicos ha provocado sobre el conjunto del pueblo kurdo ha sido la progresiva urbanización, intensificada en los últimos años, como se estudiará más adelante, por las guerras, las campañas de limpieza étnica y las políticas de genocidio. Ciudades como Gaziantep, Diyarbakir, Batman, Malatya —en Turquía—, Dahok, Arbil y Suleimania —en Irak—, Urmie, Sanandaj y Kermanshah —en Irán—; Kamisli y Derik —en Siria— han aumentado considerablemente su población, al mismo tiempo que surgían aglomeraciones kurdas en metrópolis más alejadas del Kurdistán, comenzando por las distintas capitales —Ankara/Istanbul, Alepo/Damasco, Bagdad y Teherán—. La importancia social de esta verdadera «revolución urbana» estriba en que, para bien o para mal, han quedado «desarticulados» los tradicionales vínculos clánicos y la representación de las aspiraciones populares ha sido asumida, ya sin «intermediarios» sociales, por partidos modernos que han superado la fase de una resistencia basada en un instinto primario de autodefensa a concebir la cuestión kurda como un «problema nacional». Tal vez el más claro ejemplo de este hecho sea el Partido Democrático del Kurdistán de Irán (PDKI), admitido recientemente como organización de pleno derecho en la Internacional Socialista y, por lo tanto, homologado en su funcionamiento interno y aspiraciones políticas con cualquier otro partido de esa alianza política.

Todos los países que divididen el Kurdistán han puesto en práctica, en un momento u otro, campañas de limpieza étnica o prácticas genocidas con el objetivo de poner fin al «problema kurdo». En algunas ocasiones, desde el siglo xvii hasta la actualidad, el verdadero propósito —la eliminación o debilitamiento del «factor kurdo»— ha sido maquillado por necesidades de reorganización administrativa, modernización de las viviendas y núcleos de población o, incluso, por necesidades defensivas. Un ejemplo bien clarificador de esta última práctica es el enclave kurdo de Jorasán, situado en los montes Kopet, justo haciendo frontera entre el actual Irán y la república ex soviética de Turkmenistán.

Aquí viven, a cerca de un millar de kilómetros de distancia del Kurdistán iraní, cientos de miles de kurdos que conservan el idioma,

¹⁰ Ahymet Alim, doctor en Economía por la Universidad de París II Panthéon-Assas se refiere a este factor en su estudio «L'economie politique de la demographie du Kurdistan turk, de 1927 a 1990».

las costumbres e incluso el mismo tipo de artesanía —por ejemplo los famosos kilims de Jorasán— que los kurdos de Urmie, Sanandaj o Kermanshah, hasta el punto de que tienen un diputado en el Majlis —el Parlamento iraní— que se integró en el «grupo parlamentario kurdo». Pues bien, estos kurdos de Jorasán son descendientes de varias tribus enteras que en pleno siglo xvii fueron trasladadas a este lugar para reforzar las defensas frente a la amenaza de los turcómanos de Asia Central¹¹. El significado de este hecho está en que, al quedar despobladas las comarcas de donde eran originarias estas tribus, se pudieron crear divisiones administrativas no kurdas —como Zanjaan o Hamadán— que rompían la continuidad territorial de las regiones habitadas por kurdos que, en el caso de la antigua Persia, entroncaban con pueblos vinculados históricamente al kurdo, como ocurre con los nómadas Gilani —en las costas del mar Caspio— o los Baktiaris —en las cercanías del Golfo Pérsico—.

En el caso de la Unión Soviética, los kurdos también sufrieron los traslados en masa al comenzar el período estalinista desde el Cáucaso hasta las repúblicas soviéticas de Kirguizistán y Kazajistán. El resultado de esta práctica es que en estas ex repúblicas soviéticas todavía existen núcleos de población habitados por kurdos —distritos kurdos de Oix, Ximkent y Almati—, mientras que el llamado «Kurdistán Rojo» al que Lenin había concedido la autonomía, prácticamente era borrado del mapa. Como ya se ha mencionado anteriormente, la actitud de Turquía, en este sentido, ha sido la negación oficial del «hecho kurdo» desde el mismo momento en que se fundó la República en 1923 bajo el prisma de la ideología kemalista. Esta posición «oficial» ha sido reforzada por los diferentes gobiernos turcos con políticas de asimilación cultural pero también con sangrientas campañas represivas, despoblamiento de comarcas enteras —Dersim en 1938— y, en los años 90, con la destrucción sistemática de pueblos y puesta en marcha de un proyecto de desarrollo agrícola —el GAP— para desequilibrar el dominio demográfico kurdo en ocho provincias.

Por su parte, el denominado «cinturón árabe» creado por el gobierno sirio del Partido Árabe Socialista del Renacimiento (Baas) a finales de los años 60 (siglo xx) no ocultaba su intención de limpiar de kurdos la frontera entre este país y Turquía. El Baas de Hafez al Asad rectificó esta política cuando ya se estaba aplicando, mientras la rama iraquí del Baas —la presidida desde 1968 hasta el 2003 por

¹¹ Al formar parte de Persia toda la zona que hoy forma la república ex soviética de Turkmenistán, partes de estas tribus se asentaron en lugares que, como Baramali, Goldepe, Kara o Garagala quedaron, después, dentro de las fronteras de la Unión Soviética.

Sadam Husein— no dejó de intensificar las campañas de limpieza étnica hasta desembocar, a finales de los años 80, en el genocidio llamado eufemísticamente «Ofensiva o Campaña Anfal».

El resultado de todo ello es que en estos cuatro países —Turquía, Irán, Irak y Siria— han sido destruidos en las últimas tres décadas más de 8.000 pueblos kurdos¹² —tantos como la totalidad de los existentes en España—, de los que al menos 3.700 corresponderían al Kurdistán iraquí y otros 3.400 a las provincias kurdas de Turquía; no menos de 350 también desaparecieron del mapa iraní en los años 80 como consecuencia de la guerra entre el PDKI y la República Islámica y decenas más dejaron de existir tanto en Siria como en Armenia, donde los núcleos que todavía estaban habitados por kurdos a finales del siglo xx tuvieron la desgracia de convertirse en campo de batalla durante la guerra entre Armenia y Azerbaiyán por el control de «Nagorno Karabaj».

IRÁN: TÁCTICAS DE LIMPIEZA ÉTNICA

Tanto la monarquía de los Phalevi, que gobernó Irán entre 1925 y 1979, como la República Islámica instaurada por el ayatolá Jomeini en 1979 se han negado a reconocer la cuestión kurda como un hecho diferencial y han intentado infravalorar sus magnitudes demográficas y territoriales. Tanto bajo el shah como con Jomeini solamente una provincia, que lleva el nombre de Kordestan, es considerada kurda, y ambos regímenes han intentado, incluso utilizando medidas de fuerza, la asimilación cultural de este pueblo. La diferencia entre estos dos sistemas políticos tan opuestos es que mientras la SAVAK del shah se limitaba a usar durísimos métodos de represión, los pasdaranes del ayatolá Jomeini, además, pusieron en marcha una campaña de «tierra quemada» destruyendo cientos de pueblos y ejecutando de forma sistemática a miles de personas.

Este período en el que aplicaron métodos propios de limpieza étnica en el Kurdistán iraní se inició inmediatamente después de la «revolución» de febrero de 1979. Como en el resto del país, las organizaciones kurdas tomaron el control de las calles y se hicieron con gran cantidad de armas sustraídas de los cuarteles de un Ejército que se había desintegrado durante los sangrientos sucesos de

¹² El periódico *El Mundo* publicó en su edición del 18 de septiembre de 1998 —sección Internacional, pág. 28— un gráfico elaborado por su servicio de Infografía en el que detallaba el número de localidades destruidas en cada una de las divisiones administrativas oficiales que están habitadas por kurdos tanto en Turquía como en Irak e Irán.

febrero. El nuevo gobierno se negó a conceder la autonomía que exigían estas organizaciones, especialmente el Partido Democrático del Kurdistán de Irán (PDKI), que, bajo la dirección de Abdul Rahman Ghasemlu, se puso al frente de esta «revolución kurda» dentro de la «revolución iraní». En la primavera, se produjeron graves incidentes armados en Sanandaj y Nagadeh, desencadenando una guerra generalizada entre las fuerzas del PDKI y los jomeinistas.

Desde los medios de comunicación controlados por el Gobierno de Teherán se lanzaron acusaciones contra el PDKI calificando a sus militantes y dirigentes como «separatistas agentes del imperalismo, del comunismo y de Israel». Jomeini declaró la «guerra santa» contra el PDKI porque sus posiciones liberales y democráticas suponían «un plan para destruir el Islam y la filosofía islámica»¹³. A partir de ese momento, decenas de miles de voluntarios islámicos encuadrados en el «Pasdar» y el «Komiteh»¹⁴ y unidades del reorganizado Ejército iraní se lanzaron a una auténtica campaña de destrucción, en el que no faltaron masacres colectivas, como ocurrió en la aldea de Charneh. Aquí fueron asesinados a sangre fría 46 mujeres, niños y adultos en medio de las súplicas del mulah local —jefe religioso— que, con el Corán en la mano, intentó impedir la matanza; él mismo fue ametrallado¹⁵.

Durante más de diez años el Kurdistán iraní fue ocupado por una fuerza armada de 200.000 mil milicianos y soldados, distribuidos en más de 2.000 bases militares¹⁶. Durante este período se calcula que más de 40.000 civiles perdieron la vida y que una cifra similar tuvo que abandonar sus pueblos para refugiarse en los montes fronterizos con Irak o trasladarse, igualmente en calidad de refugiados, a otras ciudades de Irán. Aunque no se conocen las cifras exactas, se tiene la seguridad de que miles de estas personas fueron ejecutadas tras celebrarse juicios sumarios en los «tribunales móviles» que coordinaba el ayatolá Jaljali, tristemente célebre por las continuas denuncias presentadas en los informes de Amnistía Internacional durante los primeros años de la década de los 80¹⁷. De acuerdo con

¹³ Discurso pronunciado por el ayatolá Jomeini en Radio Teherán el 17 de diciembre de 1979.

¹⁴ Los «pasdar» o «pasdaranes» son los «guardianes de la revolución», verdadero «ejército religioso» de la República Islámica, mientras que el «Komiteh», como indica la propia palabra, estaba integrado por los «comités revolucionarios» en los que territorialmente estaban organizados los militantes jomeinistas.

¹⁵ Informe del PDKI, *El Kurdistán iraní*, apartado «Crímenes odiosos contra el pueblo kurdo», París, 1984.

¹⁶ Manuel Martorell, *Los kurdos: historia de una resistencia*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, Capítulo «Bajo la bota de los pasdaran».

¹⁷ Informe «Iran: Religious and ethnic minorities. Discrimination in Law and Practice», *Human Rights Watch*, Nueva York, septiembre de 1997.

una investigación realizada por Christian Rostoker entre agosto y septiembre de 1983 para la Federación Internacional de Derechos Humanos, «decenas de refugiados» relataron «cómo sus aldeas habían sido bombardeadas por el Ejército y atacadas por los Pasdaranes, que les obligaban a huir sin respiro».

Rostoker, que era entonces secretario general adjunto de esa Federación Internacional, explicaba casos de «cientos de civiles encarcelados, torturados, ejecutados, mientras que, al mismo tiempo, muchos pueblos eran bombardeados y atacados, provocando así el exilio de miles de campesinos». «Por lo tanto —concluía el informe de este abogado— es la población civil la que es sistemática y directamente víctima de las violaciones de los derechos humanos por parte del régimen de Teherán»¹⁸. En 1984, el PDKI publicó una lista de 66 pueblos destruidos o desalojados, de los que habían huido 1.563 familias y un total de 9.552 personas¹⁹. En 1997, el mismo partido daba la cifra de 500 aldeas destruidas, aunque la organización Human Rights Watch solamente citaba los nombres, ubicación, número de familias y habitantes de 271 de ellas²⁰.

Aunque se utilizó como excusa para esta campaña de despoblamiento la necesidad de alejar a la población civil del frente bélico en la guerra con Irak —1980/1989—, la realidad es que la presión continuó incluso cuando acabó el conflicto y se tiene constancia de que 113 de estas aldeas fueron bombardeadas entre los meses de julio y diciembre de 1993 y de que los presupuestos destinados a la reconstrucción de localidades destruidas durante el conflicto fueron utilizados para entregar nuevas viviendas a colonos no kurdos, con la clara intención de disminuir la presencia demográfica kurda sobre todo en la provincia de Azerbaiyán Occidental, donde una mayoría de población kurda convive con minorías turcas, persas y cristianas asirias²¹. La llegada del «reformista» Muhamad Jatami a la Presidencia de Irán fue reconduciendo lenta pero progresivamente la situación en el Kurdistán iraní, buena parte de las bases de los Pasdaranes fueron desalojadas y los mecanismos de control policial se relajaron, aunque tampoco cesó la represión contra la oposición y los militantes del PDKI, diez de cuyos militantes fueron ahorcados a lo largo del año 2002.

¹⁸ «Enquete au Kurdistan iranien», por Christian Rostoker; artículo integrado en el libro *Abdul Rahman Ghassemlou. Homme de Paix et de Dialogue*, París, 1989.

¹⁹ Informe del PDKI, *El Kurdistán iraní*; anexo, París, 1984.

²⁰ Informe «Iran: Religious and ethnic minorities. Discrimination in Law and Practice», *Human Rights Watch*, Nueva York, septiembre de 1997.

²¹ *Ibíd.*, pág. 25.

TURQUÍA: EL UMBRAL DEL GENOCIDIO

Resulta bastante paradójico que el grave problema kurdo de Turquía esté indirectamente relacionado con otro genocidio: el del pueblo armenio. El asunto es bien sencillo; la desaparición de la población armenia en muchas zonas del este de Turquía, donde los cristianos compartían con los kurdos el mismo espacio geográfico, convirtió a estos últimos en «dueños y señores» de la situación, hablando, evidentemente, en términos demográficos. La Armenia «histórica», entre Erzurum y el lago de Van quedó, a partir de 1915, poblada mayoritariamente por kurdos, cuya lengua y cultura fueron hegemónicas en toda la región, imponiéndose con claridad sobre el elemento turco u otomano. Es muy significativo, en este sentido, el informe que envía el general Fevzi Çakmak al Gobierno de la recién instaurada República de Turquía tras una inspección sobre el terreno después de la sublevación kurda del monte Ararat en 1927²².

Este miembro del Estado Mayor turco advierte, tal y como reproduce un documento publicado por Susan Meiselas, que en varias comarcas de Erzincan la población turca de religión alevi se estaba «kurdizando» debido a la «escasa presencia de la gendarmería provincial» y a que la lengua usual entre los alevi era la kurda, por lo que los turcos alevi terminaban identificándose primero con el idioma y después con la cultura kurda. Directamente el autor del informe propone la destitución de una serie de cargos públicos por sus simpatías hacia la causa kurda y la deportación de los kurdos en esta parte de Anatolia²³. El libro de Susan Meiselas también reproduce varios testimonios sobre la campaña de exterminio que, desde 1934 hasta 1938, se llevó a cabo en la región de Dersim —límitrofe con Erzincan—, al negarse las tribus kurdas a entregar las carabinas que formaban parte de su idiosincrasia de pueblo montaraz. Son testimonio directos, generalmente de hijos de quienes vivieron los acontecimientos, que confirman cómo los habitantes de las aldeas fueron sacados de sus casas en principio para trasladarlos, igual que los armenios, a otras zonas, pero que, finalmente, eran asesinados, como los armenios, por el camino. Uno de ellos, Seyid Reza, el líder de la revuelta que se hacía llamar «generalissime (*sic*) du Dersim» denuncia que, además de impedirles utilizar su lengua materna, se estaban «organizando migraciones

²² El capitán Ihsan Nuri Bey sublevó varias guarniciones y proclamó la independencia del Kurdistán en 1927 en la región donde está el monte Ararat.

²³ Susan Meiselas, *Kurdistan: in de shadow of History*, Nueva York, Random House, Inc., 1997, pág. 145.

sistemáticas y forzosas desde las tierras fértiles del Kurdistán a tierras áridas de Anatolia»²⁴.

La de Dersim no fue más que la continuación lógica de una represión generalizada que se había desatado en la región de Diyarbakir al ser aplastada la revuelta del Seik Said, que obligó a intervenir a varios cuerpos del Ejército kemalista. Pero fue Dersim lo que marcó «un antes y un después» en la política de Turquía respecto al problema kurdo; las palabras Kurdistán, kurdo o kurda fueron borradas de los diccionarios, desaparecieron oficialmente de cualquier documento, se inició una sistemática destrucción de su legado cultural que todavía no se ha detenido, los nombres kurdos fueron prohibidos, sustituidos por otros turcos y el uso de este idioma en público, castigado con multas y hasta con penas de prisión²⁵. El más claro ejemplo de esta nueva política es el propio de Dersim; Dersim es una palabra kurda y, por lo tanto, de origen indoeuropeo, que quiere decir «Puerta de Plata» —de Der: puerta, y Sim: plata—; como en miles de otros casos fue sustituida por un término turco: Tunceli, literalmente, «Puño de Bronce».

La dureza de la represión «pacificó» el Kurdistán turco hasta los años 50, cuando comenzaron a surgir organizaciones en defensa de la identidad kurda, lo que, igualmente, revivió los planes de limpieza étnica en las regiones kurdas situadas junto a las fronteras de Siria, Irak e Irán. En 1962 el ministro turco del Interior, H. O. Bekata, reconocía públicamente que el Estado seguía sin controlar el Kurdistán, aunque en sus declaraciones, evidentemente, no hacía referencia alguna a esta palabra: «Estas tierras —dijo— nos pertenecen solamente sobre el mapa. En la práctica, tanto la presencia estatal como los valores turcos son precarias o incluso inexistentes. Estas zonas difíciles y montañosas no provocan más que gastos al Estado sin aportar nada, sin sostener ni fortalecerlo... pero hay una solución; una solución tan eficaz como una espada afilada, tan clarividente como el huevo de Cristóbal Colón: instalar allí, con sus armas, a inmigrantes kazajos y kirguisos»²⁶.

Sin embargo, en Turquía, no se puede volver a hablar de limpieza étnica hasta la segunda mitad de los años 80 y como respuesta a la guerra de guerrillas iniciada el 15 de agosto de 1984 por el Partido

²⁴ *Ibíd.*, págs. 147-151; testimonios de Nuri Medyali, Munzer Çem, Reso Zilan, Ali Reza y Seyid Reza.

²⁵ Manuel Martorell, *Los kurdos: historia de una resistencia*, Madrid, Espasa Calpe, 1991; Capítulos «La caída del Imperio Otomano» y «Turquía: la dictadura de la OTAN».

²⁶ *Bulletin de liaison et d'information-Institut Kurde de Paris* núm. 108, marzo de 1994, pág. 6.

de los Trabajadores del Kurdistan (PKK). La fuerza con que hizo irrupción en la escena política de Turquía esta organización, como ocurriría una década después en Chiapas con el caso de los zapatistas, cogió de sorpresa al Gobierno de Ankara, cuando sus proyectos de desarrollo económico para las provincias «montañosas del Este» no estaban más que en su fase inicial. Ya hemos comentado anteriormente el informe publicado en el periódico *Hurriyet* el 26 de junio de 1987 sobre «los ocho errores imperdonables en la Turquía del Este», lo que indicaba que el Estado comenzaba a reaccionar, aunque tarde, para detener el movimiento de resistencia que ya estaba fermentando.

Uno de esos proyectos, el más ambicioso, también implicaba importantes cambios demográficos; se trataba del «Gran Proyecto de Desarrollo de las Provincias del Este de Anatolia», más conocido con las siglas GAP, que todavía está en fase de aplicación. El GAP supone la irrigación mediante un sistema de pantanos, acueductos y ríos subterráneos de 1.700.000 hectáreas en ocho provincias kurdas situadas junto a la frontera siria; es decir, aproximadamente, una actuación que engloba una superficie semejante a la de Andalucía. El Gobierno no oculta que uno de los objetivos del GAP es cambiar radicalmente la forma de vida de los habitantes de Gaziantep, Adiyaman, Urfa, Diyarbakir, Mardin, Batman, Siirt y Sirnak, ya que, según las previsiones iniciales, se esperaba que para el año 2005 dos terceras partes de la población viva en las ciudades, dejando las zonas agrícolas a grandes cooperativas o empresas de producción agraria, gracias a la construcción de 22 pantanos y 17 centrales hidroeléctricas.

Teóricamente se busca desarrollar una región con una renta per cápita cuatro veces más pequeña que la media nacional, pero, en la práctica, provoca el despoblamiento de grandes extensiones habitadas por kurdos para dejar el terreno libre a las grandes empresas e inversores de otras partes de Turquía. Los campesinos kurdos de esta región ni pueden impulsar las nuevas industrias agrícolas, porque no tienen capacidad financiera, ni pueden adquirir los créditos necesarios para siquiera intentarlo. Uno de los requisitos para conseguir los créditos ofrecidos en el GAP es «saber leer y escribir correctamente en turco», condición que los campesinos locales no pueden cumplir; muchas menos posibilidades tienen quienes, por una razón u otra, han tenido problemas con la justicia, lo cual en estos lares conflictivos no es nada extraño. En definitiva, cualquier turco, incluso si es un emigrante de Bulgaria o Azerbaiyán, tiene más posibilidades de montar aquí su empresa agraria que un campesino local, quien, además, está condenado a marcharse a trabajar de peón a la ciudad después de haber visto expropiadas sus tierras a bajo precio. La limpieza étnica del GAP es más sutil pero no por ello deja de tener los mismos efectos; como dijo un funciona-

rio del GAP: «Si los kurdos están ocupado en trabajar, no tendrán tiempo para luchar»²⁷.

Ese año de 1987 también se creó un sistema administrativo especial para las once provincias que quedaron bajo estado de emergencia debido a una actividad guerrillera cada vez más intensa del PKK. El Gobierno de las Regiones en Estado de Emergencia (OHAL) fue colocado en manos de un «supergobernador» militar, con capital en Diyarbakir y bajo su jurisdicción no existía otra ley que la militar, dando carta blanca a la «lucha contra el terrorismo». Fue en 1990, el 10 de abril concretamente, cuando se anunció la existencia, en palabras del presidente Turgut Ozal, de un decreto elaborado por el Consejo de Seguridad Nacional —organismo mixto político-militar— «para garantizar la seguridad de la República»; en Turquía se comenzaba a hablar de un plan para despoblar grandes extensiones de tierra. El 21 de marzo de 1992 la represión de la fiesta del Newruz —el Día Nuevo kurdo— cobró unas dimensiones desconocidas: se disparó indiscriminadamente contra la población y se utilizaron tanques y helicópteros para dispersar las manifestaciones. El balance, de acuerdo con la Asociación de Derechos Humanos, solamente en las ciudades de Cizre y Nusaibin, fue de 92 muertos. El 18 de agosto de ese mismo año, unidades blindadas entraron en la ciudad de Sirnak disparando de la misma forma indiscriminada contra las casas. Ali Han Tartar, hermano de uno de los responsables de los «guardianes de aldeas» —milicias kurdas que colaboraban con el Ejército—, telefoneó a un general para quejarse de que también estaban bombardeando su casa; la respuesta fue: «El hijo de un cerdo es un cerdo; el hijo de una serpiente es una serpiente; todos sois kurdos»²⁸. Sólo unos días después, el propio presidente de Turquía, Turgut Ozal, se dirigía a los habitantes de la vecina Uledere con estas palabras: «Tarde o temprano tendréis que abandonar este lugar y marcharos hacia el oeste del país o hacia la región del GAP»²⁹.

En 1993 se reconoció por primera vez que el plan de «despoblamiento» lleva meses aplicándose, sobre todo en las provincias de

²⁷ Se puede ampliar este problema con el artículo «GAP: un proyecto contra el pueblo kurdo», del propio autor de este trabajo; fue publicado en la revista del sindicato agrario vasco EHNE —*Ardatza*— el 25 de agosto de 1995.

²⁸ Chris Kutschera, *El défi kurde ou le rêve fou de l'indépendance*, París, Bayard Editions, 1997, pág. 261. Chris Kutschera, uno de los principales especialistas sobre el problema kurdo, hace referencia, a su vez, al memorándum elaborado por una comisión europea de investigación dirigida por Lord Eric Avebury. Avebury era en 1995 presidente de la Comisión Parlamentaria de Derechos Humanos de la Cámara de los Lores en el Reino Unido.

²⁹ Boletín *Kurdistan*, editado por la Asociación de Amistad Hispano-Kurda (ya desaparecida) el mes de septiembre de 1993.

Mardin, Siirt, Hakkari, Mus y Urfa. Un informe de la Asociación de Derechos Humanos de Turquía difundido por el semanario *Gerçek* el 25 de diciembre de ese año daba los nombres de 600 pueblos evacuados y añadía que «la lista se había elaborado en condiciones sumamente difíciles y que el número real de pueblos desalojados era superior». Las autoridades de Turquía siguieron negando que hubiera una campaña sistemática de destrucción y desalojo de pueblos en el Kurdistán hasta el 28 de julio de 1997. Ese día, el diputado Seyit Hasim Hasimi, en representación de una comisión parlamentaria nombrada expresamente para ello, dio una conferencia de prensa en la ciudad de Diyarbakir confirmando lo que muchos se negaban a admitir: en este país de la OTAN estaba en marcha un intenso programa de limpieza étnica. Seyit dijo que los datos en su poder habían sido facilitados por la propia prefectura del OHAL; según su informe, recogido unos meses después por una publicación periódica del Institut Kurde de Paris, en total habían sido destruidos «oficialmente» 3.185 pueblos, provocando el desalojo de 364.742 personas, «en el marco de la lucha contra el terrorismo»³⁰.

De acuerdo con otro informe realizado unos meses antes por los diputados Algan Haclogu, Ercan Karakas, Orhan Veli Yildirim y Mustafa Yilmaz sobre Dersim, en la provincia de Tunceli habían sido destruidas 287 aldeas de un total de 417. Los diputados, que se habían entrevistado con los refugiados en la ciudad de Elazig, dieron algunos detalles de lo que estaba ocurriendo: «Las casas y los establos ha sido destruidos, muchos de ellos incendiados; una gran parte de los ciudadanos se encuentra en condiciones miserables, sin ningún tipo de protección para enfrentarse al invierno y están luchando por sobrevivir en una condiciones incompatibles con la dignidad humana»³¹.

Evidentemente, las cifras reales eran muy superiores a las suministradas oficialmente por los responsables de la destrucción de los pueblos. Aunque jamás se sabrá el real alcance de esta limpieza étnica, se calcula que los desplazados fueron varios millones y que el número de pueblos destruidos podría superar la cifra de los 4.000. Una muestra de que las magnitudes eran mucho mayores lo encontramos en el trabajo realizado por la Universidad de Van bajo la dirección del director del Departamento de Sociología, Ahmet Bilgili, sobre la repercusión que este éxodo tenía en la población infantil. El estudio fue extractado por el periódico *Hurriyet* el 28 de julio de 1997, se había realizado a lo largo del año 1996 y fue titulado: «In-

³⁰ *Bulletin de liaison et d'information. Institut Kurde de Paris*, núm. 148-149 (julio-agosto de 1997).

³¹ Artículo del autor en el diario *El Mundo* el día 15 de diciembre de 1996.

forme sobre los niños desplazados durante las migraciones en el Este de Anatolia». La conclusión de Ahmet Bilgili era escalofriante: en su opinión, en Turquía había 3.000.000 de niños desplazados, fundamentalmente por la destrucción de los pueblos kurdos³².

Estos refugiados generalmente se dirigían primero a las ciudades cercanas —Diyarbakir, Batman, Elazig, Malatya... — y después continuaban su camino hacia el oeste, terminando asentándose en las grandes metrópolis mediterráneas, como había previsto el presidente Turgut Ozal en Uledere: Istanbul, Adana, Gaziantep, Mersin, Izmir... En 1995 el autor de este artículo tuvo la ocasión de hablar en Diyarbakir con varias familias de refugiados hacinadas en casas vacías y viviendo de la generosidad de los vecinos. Una de ellas procedía de la región de Batman y había sido obligada a abandonar el pueblo porque había abierto una sede del partido pro-kurdo HADEP (Partido de la Democracia del Pueblo). De acuerdo con el testimonio de Ferhat, el padre, la emprendieron a golpes con él, con su mujer y sus hijas, a quienes humillaron con palabras soeces. «Me quitaron todo el dinero y a mi esposa los anillos y las pulseras», explicaba Ferhat. Algunos de estos refugiados aseguraban que se habían dado casos de mujeres obligadas a desnudarse delante de sus maridos y jóvenes violadas en las plazas, en presencia de todo el pueblo; gran cantidad de animales domésticos, sobre todo asnos y cabras, vagaban por los campos abandonados, hasta el punto de que algunos ayuntamientos estaban realizando batidas para reagruparlos. En el pueblo de Mehmet, otro de los llegados a Diyarbakir, habían sido quemados «nogales de más de diez metros de altura que daban, cada uno de ellos, tres mil kilos de nueces», pero también había visto saltar por los aires durante los bombardeos una auténtica joya arquitectónica de estilo armenio y casas que tenían siglos de antigüedad.

Miles de personas murieron debido a la tortura y a las ejecuciones sumarias; la «guerra contra el PKK» se cobró cientos de desaparecidos. Solamente una asociación de mujeres denominada «Madres de los Sábados» logró formar una lista de 500 casos, con nombres y apellidos de hijos o hermanos que habían sido secuestrados por la Jendarma o las unidades especiales del Komando y no habían vuelto a saber de ellos³³. El Tribunal Europeo de Estrasburgo ha dictado ya decenas de condenas contra el Estado de Turquía por este tipo de delitos. También se da como seguro que las fuerzas policiales toleraron la actuación de sangrientos grupos terroristas —como

³² *Bulletin de liaison et d'information. Institut Kurde de Paris*, núms. 148-149 (julio-agosto de 1997).

³³ Artículo de Manuel Martorell en el diario *El Mundo*, publicado el 29 de diciembre de 1996.

ha ocurrido durante años con el llamado Hezbo Contra—, responsable de horrendos crímenes. Entre ellos figuran una veintena de periodistas y varios intelectuales de renombre, sobre todo el poeta, antropólogo e historiador Musa Anter, cuyo asesinato supuso una pérdida irreparable para la necesaria recuperación de la memoria histórica de este pueblo. Con cada casa, con cada pueblo, con cada comarca desaparecía una parte de la cultura y de la historia del Kurdistán que ya no se podría volver a recuperar³⁴.

EL «CINTURÓN ÁRABE» DE SIRIA

Con la llegada al poder tanto en Siria como en Irak a finales de los años 50 del Partido Socialista del Renacimiento Árabe (Baas), el problema kurdo de estos países adquirió la forma de enfrentamiento cultural entre el componente árabe —de origen semítico— y el kurdo —de origen indoeuropeo³⁵—. El Baas, que gobernaba en estos dos países, resumía su ideología en la consigna «Una única nación árabe con una misión eterna» y su principal objetivo era unir en una sola entidad nacional a los países de cultura árabe desde el océano Atlántico hasta el golfo Pérsico y desde el sur de Turquía hasta el África Subsahariana. En esta «Patria Árabe», Irak era solamente la provincia más oriental, la primera línea del frente ante el secular enemigo de Persia, y Siria la frontera septentrional con otro enemigo secular de los árabes: los turcos.

Ismet Cherif Vanly, uno de los historiadores kurdos más reconocidos, pone en boca de Michel Aflak, fundador e ideólogo del Baas —de religión cristiana—, la necesidad de asimilar culturalmente a la población kurda de Irak y Siria en este proyecto nacional árabe y, en el caso de que rechazasen tal asimilación, les recomendaba que abandonaran la Patria Árabe y «regresen a su país de origen»³⁶. Como también ocurriría bajo el gobierno jomeinista de Irán, los kur-

³⁴ Delegación española para supervisar la celebración del Newruz el año 1995, de la que formó parte el autor de este trabajo en compañía de Ramón Montero, Margarita Zabala y Clotilde Lechuga. La comisión estaba compuesta por españoles, alemanes, holandeses e italianos, todos permanecieron detenidos durante 10 horas en el Centro Antiterrorista de Diyarbakir y, después, expulsados de la región bajo estado de emergencia. Ante los medios de comunicación turcos, los miembros de la delegación fueron presentados como instigadores de las manifestaciones y colaboradores con grupos terroristas, versión que llegó a admitir el Consulado Español de Estambul.

³⁵ Idiomática y étnicamente los kurdos proceden del mismo grupo indoeuropeo del que surgieron los persas, los tayikos, los osetas, los baluches y los pastumes.

³⁶ Ismet Cherif Vanly, *Le Kurdistan iraquien, enté nationale. Etude de la Revolution de 1961*, Neuchatel (Suiza), Editions de la Baconnière, 1970, pág. 183.

dos y sus organizaciones terminaron siendo acusados de ser agentes del «imperialismo», concretamente de querer destruir la «nación árabe» convirtiendo el Kurdistán en «un segundo Israel»³⁷. Ambos gobiernos, hermanados en el mismo partido —el Baas—, inicialmente tomaron medidas conjuntas para frenar esta «amenaza» contra la «unidad árabe»; después las dos ramas baasistas —la iraquí y la siria— fueron distanciándose progresivamente hasta volverse irreconciliables, afrontando el problema kurdo desde una perspectiva igualmente diferenciada.

En la Siria baasista la primera ocasión para aplicar su política anti-kurda se presentó al elaborar el censo del año 1962; 120.000 kurdos fueron desprovistos de la ciudadanía bajo la acusación de ser inmigrantes que ilegalmente habían cruzado las fronteras de Turquía o Irak o bien porque no podían acreditar con datos del registro civil que eran sirios. Aquellas personas fueron catalogadas como «majtumin» (indocumentados) y sus descendientes, en la actualidad, suponen aproximadamente una cifra de 250.000 personas. Los «majtumin» no pueden tener propiedades, sus matrimonios no están reconocidos por la ley siria y, por lo tanto, sus hijos son ilegítimos; una parte significativa de ellos —unos 25.000— «no existen» ya que carecen de cualquier carta de identidad, ni siquiera la que cataloga a otros «majtumin» como «extranjeros»³⁸.

Mucho más graves eran las consecuencias del memorandum elaborado en 1963 por Mohamed Talab Hilal, uno de los responsables de los servicios de seguridad del país. Las conclusiones de Talab Hilal se resumían en 12 puntos, en los que se proponía el desplazamiento de la población kurda, la sustitución de los cargos y clérigos en las aldeas, negarles algunos derechos básicos y, sobre todo, recomendaba crear un «cinturón árabe» (Al Hisam al Arabi; punto 9)³⁹. El citado proyecto suponía despoblar una franja de 10 kilómetros de ancho por 280 de largo y desplazar a 140.000 personas. La dirección del Baas sirio disfrazó el punto 9 con el eufemismo de «programa para la creación de granjas estatales modélicas» del «socialismo árabe». El «cinturón árabe» comenzó a aplicarse en 1966 pero encontró una gran resistencia sobre todo entre los kurdos de Kurd Dag (Montes Kurdos), una zona montañosa olivarera situada entre

³⁷ *Ibíd.* Vanly da algunos detalles sobre los intentos baasistas de identificar las aspiraciones nacionales kurdas con la creación de un «segundo Israel»; págs. 198 y 287.

³⁸ Nicholas Blanford publicó un reportaje sobre este problema, citando varios testimonios directos de «majtumin», en el *Christian Science Monitor* el mes de noviembre del año 2002.

³⁹ Artículo de Jordi Tejel sobre «Els Kurdistans menors», en la obra colectiva *Kurdistán: el complot del silenci*, Barcelona, Edicions de 1984, 2002; también Manuel Martorell, *Los kurdos: historia de una resistencia*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, pág. 141.

la ciudad de Alepo y el mar Mediterráneo. Fueron trasladadas miles de familias desde la región de Yazira —capital Hasaka— sustituidas por árabes beduinos, al mismo tiempo que los nombres kurdos de las ciudades eran sustituidos por nombre árabes —Malkiya sustituyó a Derik, Ain al Arab a Kobani, Ananiya a Amuda...—⁴⁰.

A comienzos de los años 70, el Baas de Siria, enfrentado ya a la rama que gobernaba Irak, detuvo la aplicación del «cinturón árabe» y el Gobierno de Hafez al Asad reconoció en 1976 que esta modalidad de limpieza étnica había sido abandonada. Probablemente, Hafez al Asad, miembro de otra de las grandes minorías sirias —la alawi—, cambió tan radicalmente de actitud ante la amenaza que ya estaba suponiendo para su régimen el ascenso imparable de las posiciones integristas suníes de los Hermanos Musulmanes y para garantizar el apoyo de otras minorías —como los kurdos, los drusos y los cristianos— igualmente contrarias a la hegemonía musulmana suní. El hecho es que el Baas sirio cambió de dirección y los kurdos de Siria, aunque no tienen reconocidos derechos políticos, pueden conservar su lengua, música, folklore y costumbres, siempre que no hagan ostentación pública de su cultura; por ejemplo, se ven obligados a contratar profesores particulares para enseñar a leer y escribir en kurdo a sus hijos y utilizan libros kurdos editados en Irak, pero no son castigados por ello; también se tolera la música y canciones kurdas en fiestas familiares —las bodas, por ejemplo—, pero sí puede ser un problema de orden público poner música de fondo en un restaurante céntrico.

LA «OFENSIVA ANFAL» DE IRAK

Sorprendentemente, la política anti-kurda a la que mejor se puede utilizar el término de genocidio es a la puesta en práctica en el único país que ha reconocido legalmente una entidad autónoma y declarado oficial a la lengua kurda: Irak. Este reconocimiento fue el resultado de un acuerdo con los partidos kurdos estando ya Sadam Husein al frente del partido y del gobierno baasista, aunque la presidencia nominalmente fuera detentada por su tío Al Baker⁴¹. La autonomía kurda ponía fin, así, a una guerra civil que duraba desde 1961, año en que Mustafá Barzani se levantó en armas, tras regresar de su exilio en la URSS, contra la «dictadura» del general Abdulkarim Kasem, quien, a su vez, había derribado la monarquía del rey Feisal en 1958. El Par-

⁴⁰ Nicholas Blanford en su reportaje del *Christian Science Monitor* explica el ejemplo del pueblo de Tanuriye, al este de la ciudad de Qamisli.

⁴¹ Ley de Autonomía del 11 de marzo de 1974.

tido Democrático del Kurdistan (PDK) y el gobierno del Baas, una vez establecida la autonomía, se enfrentaron de nuevo sobre su ámbito territorial; el movimiento liderado por Barzani reclamaba las regiones de Kanaquín, Sinyar y, sobre todo, la ciudad petrolífera de Kirkuk. El Gobierno de Bagdad no solamente rechazó estas aspiraciones históricas de los kurdos sino que intensificó los programas de arabización de estos distritos, desencadenando un nuevo enfrentamiento armado que se ha prolongado hasta la actual crisis entre Irak y Estados Unidos.

Aunque entre 1963 y 1965 ya se llevan a cabo campañas de destrucción de pueblos, sobre todo en torno a Kirkuk, e incluso bombardeos químicos, concretamente en las comarcas de Badinan y Penjwin⁴², no se puede hablar de limpieza étnica generalizada hasta la aplicación de la Ley de Autonomía en 1974. A esta época corresponde el despoblamiento de las citadas regiones de Sinyar, entre la ciudad de Mosul y la frontera siria, de gran valor económico por su producción de trigo, la región de Zajo/Dahok —zona donde se encuentra el principal paso fronterizo con Turquía y por donde discurre la principal carretera hacia los mercados europeos—, Seijan —entre Mosul y la localidad de Akra—, Kanaquín/Badra —en otro importante paso fronterizo y ruta comercial, en este caso con Irán—, Mandali, Tuz Jormamtu, Lalan⁴³ y, sobre todo, el centro petrolífero de Kirkuk.

Este último es el más claro ejemplo de esta limpieza étnica destinada a la desaparición del pueblo kurdo en regiones enteras. El caso de Kirkuk ha sido estudiado pormenorizadamente por Nuri Talabani⁴⁴, y de este estudio se desprende que la arabización de Kirkuk provocó que a lo largo del siglo xx su población kurda pasara de suponer las tres cuartas partes del total a ser solamente el 30 por ciento. Para conseguir este objetivo, las autoridades, sobre todo el Gobierno local del Baas, han puesto en práctica una serie de procedimientos aparentemente administrativos pero que, al final, tenían el mismo resultado: la expulsión de las familias kurdas —también de la minoría turcómana— y su sustitución por otras étnicamente árabes. Resumiendo el estudio de Nuri Talabani, se pueden destacar las siguientes medidas:

⁴² Ismet Cheriff Vanly, *Le Kurdistan iraquien, enté nationale. Etude de la Revolution de 1961*, Neuchatel (Suiza), Editions de la Baconnière, 1970, págs. 197 y 261.

⁴³ Manuel Martorell, *En el umbral del genocidio*. Reportaje publicado en el diario *El Mundo* el 8 de septiembre de 1991 que incluye un extenso mapa con las diferentes fases del genocidio elaborado basándose en estudio realizado por Shorsh Mustafa Resul.

⁴⁴ Nuri Talabani, *Iraq's Policy of Ethnic Cleansing: Onslaught to change national/demographic characteristics of the Kirkuk Region*, Londres, 1999. Exhaustivo informe prologado por Eric Aveybury, presidente de la Comisión Parlamentaria de Derechos Humanos de la Cámara de los Lores.

- Abandono de los servicios municipales y suministros de los barrios kurdos.
- Retirada de los derechos de compra-venta de propiedades (sobre todo viviendas) a aquellos kurdos que rechacen registrarse como árabes.
- Despido de empleados kurdos en los sectores de la Administración Municipal, Enseñanza e industria petrolífera, siendo sustituidos por trabajadores árabes.
- Demolición de manzanas enteras para construir nuevas y amplias avenidas en barrios kurdos —por ejemplo, la de Shorija, de 60 metros de ancho—.
- Expulsión de familias cuyos miembros hayan sido acusados de crímenes contra el Estado.
- Sustitución de nombres kurdos por otros árabes —por ejemplo, el barrio Rahim Awa fue rebautizado como Al Andalus o la escuela Aso como Al Taliah—.
- Incentivación económica de la emigración de familias y nuevos matrimonios árabes hacia Kirkuk, ofreciendo empleos, viviendas y ayudas monetarias —por ejemplo, la campaña de «Los Diez Mil dinares», denominada así porque a los matrimonios que se instalaban en Kirkuk se les daba esta cantidad de dinero—.
- Incentivación —inversa— a las familias kurdas que abandonen la ciudad, prometiéndoles empleos o viviendas seguras en otras partes de Irak.
- Construcción de nuevos barrios árabes con modernas instalaciones protegidas por unidades militares.
- «Desaparición» de hombres y mujeres detenidos en plena calle por vestir al estilo tradicional kurdo.

La limpieza étnica de Kirkuk no se detuvo ni siquiera después de la Guerra del Golfo de 1991. El Centro de Derechos Humanos, puesto en marcha por el Partido Comunista de Irak, publicó durante la década de los 90 varios informes en los que se daban listas de nombres, con fechas y lugares, sobre estas prácticas, incluso con el reconocimiento de las autoridades iraquíes. Así, por ejemplo, el director general de la Policía, Hamid Osmán Sabi, explicaba en el periódico *Al Mustakbal*, en su edición de Bagdad del 2 de mayo de 1998, que las casas de las familias kurdas deportadas habían sido entregadas a otras provenientes de las provincias de Nínive y Salahadín en el marco de la campaña de «Los Diez Mil dinares». El citado Centro de Derechos Humanos tenía a disposición una lista de 114 familias kurdas y turcómanas —en total 731 personas— afectadas por estas medidas de deportación. Al siguiente mes otro informe hablaba de otras 120 familias kurdas deportadas bajo la acusación de «sabotaje o colaboración con banda armada» que vivían

en los barrios de Shorija, Al Huriya, Imam Kasem, Al Iskan, Al Jadid, Dur al Surta, Al Andalus, Almas y Al Iskan Al Kadin⁴⁵.

Un nuevo informe, esta vez elaborado por la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK) en julio de 1996, hablaba de 3.000 familias desalojadas en aplicación de un decreto que revisaba el censo y el registro de propiedades agrarias de 1977; los datos se referían tanto al centro de Kirkuk como a los distritos periféricos de Dakuk, Kakei, Hawiya, Talaban y Dubz. Este partido, con fuerte implantación social en esta parte de Irak, acusaba al Gobierno iraquí de estar violando con este decreto el Artículo II (sección C) de la Convención para la Prevención y Condena de los Crímenes de Genocidio⁴⁶.

Durante los años 80, también se comenzaron a aplicar estas campañas de desalojos de pueblos en comarcas situadas dentro del territorio oficial de la Región Autónoma: Dahok, Barzán, Akra, Hayi Omran y Penjwin. En este período, que coincidió con la guerra entre Irak e Irán, la destrucción de pueblos fue acompañada por bombardeos químicos a partir de 1985, aunque el uso de este tipo de armas contra la población civil no sería sistemático hasta dos años después. Como en Turquía e Irán, estas medidas fueron presentadas inicialmente en respuesta a la actividad armada de los partidos kurdos —especialmente el PDK y la UPK—, que habían llegado a un acuerdo de colaboración militar con el régimen iraní. Entre 1985 y 1987, al menos se tiene constancia de bombardeos químicos en Balisam, Shekwasan y Jate —zona de Shaklawa— y Malakan —zona de Arbil—.

En la etapa final de la guerra entre Irán e Irak, esta colaboración entre las organizaciones kurdas con el Ejército iraní provocó importantes reveses militares a las fuerzas iraquíes en los corredores estratégicos de Penjwin y Hayi Omran, llegando a ocupar localidades importantes como ocurrió con Halabja y Jormal y amenazando otras de mayor magnitud, como Suleimania, la ciudad más poblada del Kurdistán iraquí —actualmente tiene más de 500.000 habitantes—. En respuesta a esta amenaza bélica el Estado Mayor iraquí planificó la «Ofensiva Anfal», cuyo nombre recuerda un episodio de la vida de Mahoma en el que el fundador del Islam lanzó una campaña punitiva contra los infieles. Su objetivo, teóricamente, era frenar el avance de estos grupos kurdos, sin embargo, la realidad es que la «Ofensiva Anfal» significaba la eliminación del componente humano kurdo del norte de Irak.

⁴⁵ Informes del Centro de Derechos Humanos del 30 de mayo y 5 de junio de 1998. Partido Comunista de Irak. Londres.

⁴⁶ Comunicado de prensa de la Oficina de Relaciones Exteriores de la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK) difundido el 3 de julio de 1996.

Este objetivo de dar una «solución final» al principal problema político del país desde su fundación en 1932 quedó confirmado cuando la «Ofensiva Anfal» continuó aplicándose después de que terminara, en el verano de 1988, la guerra con Irán. Este objetivo fue reconocido públicamente por el vicepresidente iraquí Taha Yasin Ramadán, quien declaró en 1989: «De aquí a 1992 los kurdos serán una minoría en el Kurdistán»⁴⁷. A comienzos de julio de ese año el Gobierno iraquí anunció, a través de la agencia de noticias oficial INA, el despoblamiento de una franja de 1.200 kilómetros por otros 30 de ancho desalojando a todos sus habitantes y trasladándolos a otras partes del país. Esta franja fue definida como «zona aislada y deshabitada» e implicaba la destrucción de todas las aldeas comprendidas en su interior. De hecho, cuando se hizo este anuncio, se informó que algunas localidades importantes —Rania y Kala Diza, por ejemplo— ya habían sido desalojadas y se impidió a la prensa internacional acceder al Kurdistán porque «no se había terminado de desplazar a la población kurda»⁴⁸.

Para esta fecha ya existían datos e informes suficientemente contrastados sobre esta operación que tenía todas las características del genocidio, ya que los desalojos eran acompañados con deportaciones en masa de miles de personas que «desaparecían» sin dejar rastro, la destrucción con explosivos de las viviendas, se producían ejecuciones sumarias de detenidos y bombardeos con armamento químico que provocaban miles de muertos. El caso más conocido y mortífero fue el de Halabja, donde en una sola jornada de bombardeos fallecieron cerca de 5.000 personas⁴⁹. El de Halabja es solamente el más simbólico de todos estos ataques contra la población civil y por ello a Halabja se le llama también «la Gernika de los kurdos» pero, evidentemente, no es el único. Christine Gosden, genetista y profesora de la Escuela de Medicina de la Universidad de Liverpool, ha dirigido durante años —en el momento de escribir este trabajo seguía haciéndolo— un equipo de físicos kurdos dedicado a estudiar el impacto de los bombardeos químicos en el Kurdistán iraquí. Sus conclusiones fueron que al menos 200 pueblos y ciudades fueron atacadas de esta forma y que unas 400.000 personas, es decir un 10 por ciento del total de la población kurda de Irak, quedó expuesta, de una u otra forma, a los gases lanzados por la aviación⁵⁰.

⁴⁷ Chris Kutschera, *El défi kurde ou le rêve fou de l'indépendance*, París, Bayard Editions, 1997, pág. 82.

⁴⁸ *El País*, edición del 4 de julio de 1989; sección Internacional.

⁴⁹ Para una descripción detallada del bombardeo: «Halabja, la venganza de Sadam»; artículo de Manuel Martorell en el diario *El Mundo*, edición del 4 de febrero de 2003, pág. 25.

⁵⁰ Artículo de Jeffer Goldberg en el periódico *The New Yorker* publicado el 23 de marzo de 2002.

Uno de los informes previos al anuncio de la «zona aislada y deshabitada» fue el elaborado por el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos, en base a una encuesta que, precisamente, se realizó en los campamentos establecidos en el verano de 1988 para acoger a los refugiados kurdos de Irak que huían de los bombardeos químicos⁵¹. En este informe se da una lista de 49 localidades bombardeadas con armas químicas solamente en la región situada entre Dahok y la frontera con Turquía⁵², se reproducen decenas de testimonios personales y se concluye que «la política iraquí de asesinatos, lanzamiento de gas y reasentamiento de las poblaciones están diseñadas para destruir la cultura, la identidad y la forma de vida de los kurdos». «No cabe duda —continúa el informe senatorial— de que Irak actúa siguiendo muchas de las características del crimen de genocidio»⁵³, aunque, como decía el informe, se intentara presentar esta campaña como una forma de frenar la insurgencia, castigar a los colaboradores con el enemigo o, incluso, «modernizar» la vida de los campesinos.

En ese momento el Gobierno de Estados Unidos negó tener constancia de esta campaña pese a que, como recientemente se ha publicado en la prensa norteamericana, un equipo de asesores trabajaba con el Estado Mayor iraquí⁵⁴. El gobierno de Estados Unidos, que apoyó al Ejército iraquí durante su guerra contra la República Islámica de Irán, también ocultó durante tres años fotografías sacadas por satélites que mostraban la destrucción sistemática de las aldeas kurdas.

Las principales informaciones sobre la «Ofensiva Anfal» están contenidas en las 18 toneladas de documentos —escritos, vídeos y fotografías— recopiladas por las organizaciones kurdas durante la sublevación popular que siguió a la Guerra del Golfo de 1991. Durante el mes que los kurdos controlaron la práctica totalidad de su territorio, incluida la ciudad de Kirkuk, se hicieron con gran cantidad de documentos oficiales depositados en los cuarteles, comisarías, organismos públicos, cárceles y centros del Mujabarat —servicios de inteligencia—; en total cerca de cuatro millones de documentos, que fueron trasladados a Estados Unidos para ser analizados. En estos documentos se comprobó que la «Ofensiva Anfal» estaba diseñada para ser aplicada en ocho etapas y que al describir las operaciones de destrucción de los pueblos se utili-

⁵¹ «Uso de armas químicas en el Kurdistán: ofensiva final de Irak», octubre de 1988; Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos.

⁵² *Ibíd.*, pág. 42.

⁵³ *Ibíd.*, pág. 32.

⁵⁴ Roberto Montoya, *El Imperio Global*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, pág. 323.

zaban eufemismos como «transporte de personal», «expulsión» o «purificación»⁵⁵.

El autor del presente artículo pudo comprobar personalmente la magnitud de la destrucción recorriendo el Kurdistán iraquí durante el mes de agosto de 1992 en compañía de otros dos periodistas —Rafael Magaña y Álvaro Graiño— y la socióloga Charo Rueda. Como muestra de la táctica seguida se puede mencionar el testimonio de Omar Gareh, que explicó cómo se había producido el desalojo del valle de Kanario, al norte de Suleimania. «Los pueblos eran ocupados uno por uno y sus habitantes llevados a las afueras para contemplar la destrucción de sus hogares; al final todos los habitantes del valle fueron llevados a Kanario y cuando toda la población estaba en Kanario sacaron también a sus pobladores e hicieron saltar las casas de Kanario»⁵⁶. En ese viaje, coincidí en la localidad de Shaklawa con Shorsh Mustafa Resul, que acababa de concluir un voluminoso y detallado estudio, citando nombres de pueblos, número de viviendas, escuelas, mezquitas y hospitales, sobre la «Ofensiva Anfal» y otras campañas de limpieza étnica anteriores; en total había logrado identificar 3.669 pueblos y ciudades destruidas, lo que había supuesto la destrucción de 1.780 escuelas, 2.475 mezquitas, 280 centros médicos y la deportación de 212.043 familias⁵⁷.

Generalmente los habitantes de los pueblos eran trasladados en convoyes de camiones hasta «pueblos nuevos», en los que, realmente, las casas estaban construidas con técnicas modernas y contaban con servicios que las otras no tenían —modernos inodoros, agua corriente y electricidad—. El resultado, sin embargo, era que los deportados quedaban desarraigados de su tierra, de su entorno cotidiano, su estructura y organización social quedaba destrozada, al igual que los ancestrales vínculos y costumbres. Las consecuencias prácticas de esta situación fueron terribles ya que los jefes naturales de las poblaciones, que muchas veces actuaban como jueces siguiendo normas asentadas durante siglos que nadie ponía en cuestión, perdieron su autoridad y las gentes su dignidad al quedar a expensas de los subsidios gubernamentales, ya que habían sido desposeídas de sus tierras de cultivo. Una de las peores secuelas de este drama fue la reaparición, ante la imposibilidad de encontrar un arbitraje «justo» en la aldea, de prácticas prácticamente extin-

⁵⁵ De acuerdo con el boletín número 8 —Londres, 1993— de la Organización de Derechos Humanos de Irak, la sección de Oriente Medio de Human Rights Watch tuvo acceso a esta documentación cuando ya se encontraba en Estados Unidos.

⁵⁶ Manuel Martorell, *En el umbral del genocidio*, artículo publicado en el diario *El Mundo* en el suplemento «7 Días» el 8 de septiembre de 1991.

⁵⁷ Informe de Shorsh Mustafa Rasul, Shaklawa, 1992.

guidas, como los «crímenes de honor», ley no escrita según la cual los varones de una familia pueden vengar la conducta moral de una mujer dando muerte a la responsable del deshonor⁵⁸.

La destrucción y bombardeo sistemático de pueblos y ciudades y la deportación en masa de sus habitantes fueron acompañados de acciones represivas de gran crueldad, y la «desaparición», ya comentada, de miles de personas. En algunas operaciones se seleccionaba aleatoriamente a los jóvenes; era una práctica habitual en los centros de tortura pedir al detenido ocho nombres, sin solicitar ningún otro tipo de información. Cuando el detenido daba esos ocho nombres, se pedía a cada uno de éstos otros ocho supuestos conspiradores y, así, la cadena se multiplicaba en el entorno de alguien al que se acusaba de colaborar con los «traidores»⁵⁹.

Nadie se atreve a dar cifras exactas —algo que la crisis general y vacío de poder que se ha creado en el Kurdistán iraquí tras la Guerra del Golfo de 1991 hace imposible de calcular— de las personas que han muerto o desaparecido; la cifra más usada se sitúa entre las 180.000 y las 200.000 personas en el momento en que la «Ofensiva Anfal» fue interrumpida por la intervención de tropas de la Coalición Internacional en el norte de Irak durante el verano del año 1992. Aún y todo se siguieron constatando prácticas genocidas en las zonas que, a partir de esa fecha, quedaron bajo control iraquí. Por ejemplo, en abril de 1993 fue localizada en la base del Quinto Cuerpo de Ejército de la ciudad de Arbil —ciudad que pasó a manos de los partidos kurdos ese año— una fosa común con 1.500 cuerpos de civiles y militares enterrados de forma precipitada; los médicos forenses calcularon que aquellas personas habían sido ejecutadas entre 1989 y 1992.

Hay casos especialmente dramáticos y suficientemente documentados, entre otras razones porque las «viudas» están literalmente «hartas» de que los periodistas vayan a que les cuenten sus «historias». Me refiero a los habitantes de la comarca de Barzán, de donde es originaria la familia de los Barzani. En agosto de 1983 fueron trasladados en camiones 8.000 varones, entre ellos 315 niños y adolescentes de entre 8 y 17 años; o el de los 150 presos de Suleimania que fueron ejecutados en la prisión de Abu Garib entre los meses de noviembre y diciembre de 1987⁶⁰. En Chimán, el 20 de no-

⁵⁸ Un estudio específico sobre los «crímenes de honor»: Manuel Martorell, *Mujeres en el Kurdistán iraquí. En el umbral de la esperanza*, Pamplona, 2002.

⁵⁹ *Ibíd.*; para ver casos de desapariciones en Rawanduz y Suleimania; concretamente el dato de la cadena ocho por ocho lo dio la madre de Moulud Kader Mahmud, un niño de 15 años, que fue detenido porque un amigo suyo había dado su nombre.

⁶⁰ *Boletín Enfoque mensual*, editado por la sección española de Amnistía Internacional, número correspondiente a marzo de 1989.

viembre de 1987, fueron ejecutadas unas 200 personas —sin distinción de edades ni sexo— porque no querían desalojar sus casas en esta localidad de 5.000 personas y situada a 15 kilómetros al este de Kirkuk. El propio autor de este trabajo sobre el genocidio kurdo ha tenido ocasión de entrevistar a decenas de personas que han sufrido esta situación e incluso que han sobrevivido a los bombardeos químicos; también lo han hecho otros especialistas en el drama kurdo.

Susan Meiselas reproduce en su libro *Kurdistan: In the Shadow of History*⁶¹ gran cantidad de testimonios, aunque llama la atención por su dramatismo el relato de Taimur Abdula Ahmad, que cuenta cómo él, su familia y otros vecinos del pueblo fueron llevados en autobuses a un lugar alejado varias horas de su localidad, donde había grandes fosas a las que cayeron los cuerpos después de haber sido ametrallados. Taimur, al ver que no había muerto, se incorporó y logró salir de la fosa, momento en que fue tiroteado de nuevo, pero tampoco falleció. Por la noche logró salir, con una herida sangrando en la espalda, y llegar hasta un caserío cercano, donde se arriesgaron a esconderle y curarle las heridas. Hoy el testimonio de Taimur es uno de los más valiosos para demostrar que en el Kurdistán también hubo un genocidio para eliminar al mayor pueblo sin estado del mundo.

RESUMEN

El pueblo kurdo, integrado por más de 30 millones de personas y dividido por los estados de Turquía, Irán, Irak y Siria, ha sufrido en los últimos cuarenta años sucesivas campañas y actuaciones gubernamentales en cada uno de estos países para destruir su identidad, despoblar su territorio —el Kurdistán— o exterminar una parte significativa de su población. Estas políticas siempre han buscado, a través de la represión, una solución definitiva al grave problema kurdo, aunque en cada país ha tenido un distinto grado de intensidad, que va desde la desvertebración geográfica en Irán hasta el genocidio (Operación Anfal) en el sentido estricto del término en Irak, pasando por diferentes formas de limpieza étnica en Siria y, sobre todo, en Turquía.

⁶¹ Susan Meiselas, *Kurdistan: In the Shadow of History*, Nueva York, Random House, 1997. Sobre todo el capítulo «From Genocide to Safe Haven in Iraq», páginas 308-345.

ABSTRACT

The Kurdish people, who is composed of 30 million people and divided by Turkish, Iranian, Iraqi and Syrian states, has suffered successive campaigns and governmental actions in the last 40 years in order to destroy its identity, to depopulate its territory or to exterminate a significant part of its population. These politics have always sought a final solution to the Kurdish its problem with repression, although in each country they have had different degrees of intensity, from geographical decomposition in Iran to genocide (Anfal Campaign) in the strict sense of the word in Iraq, including different types of ethnic cleansing in Syria and, particularly, in Turkey.

Manuel Martorell Pérez —Elizondo (Navarra), 49 años—, periodista, historiador y analista; licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona, Experto Universitario en Gestión del Patrimonio Histórico y Cultural por la Universidad Pública de Navarra, título de Suficiencia Investigadora por la UNED. Ha sido redactor de *Diario 16*, subdirector de *La Voz de Almería*, redactor jefe y responsable de Política Internacional del diario *El Mundo*. Especialista en Oriente Medio y de forma específica en el problema kurdo; ha viajado regularmente como reportero a Turquía, Irán, Irak y Siria; es autor del primer libro en castellano sobre el pueblo kurdo *Los kurdos: historia de una resistencia*, Madrid, Espasa Calpe, 1991; y ha participado en los libros colectivos, *Kurdistan: el complot del silencio*, Barcelona, Edicions de 1984, 2002, e *Irak: reflexiones sobre una guerra*, Madrid, Real Instituto Elcano, 2003. Colaborador de *La Aventura de la Historia*, *El Mundo*, *Elconfidencial.com*, Centro de Investigación para la Paz y Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, también ha elaborado los informes «Kurdistán: una plataforma para el desarrollo de Irak» (2003), «Mujeres en el Kurdistán iraquí: en el umbral de la esperanza» (2001, sobre los crímenes de honor) y «Turquía: stop al fascismo» (1983).